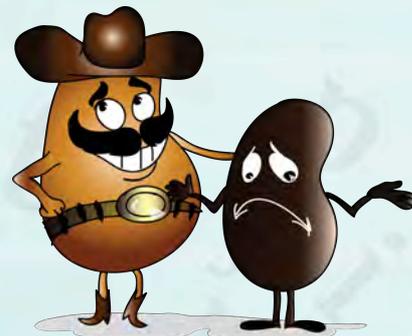




Primer lugar

Título: Frijolito

Autor: Gissell Samantha De La Mora Montes
(13 años, Culiacán, Sinaloa)



Frijolito

Había una vez en un supermercado un frijolito que vivía felizmente en el área de a granel. El frijolito trabajaba muy duro para mantener a toda la familia: la Señora Frijol y los 38 hijos frijol. Un día hubo un problema en el trabajo del frijolito y lo despidieron.

–Me corrieron– dijo muy apenado el frijolito.

–¿Cómo que te corrieron? – exclamó la Frijolona muy asombrada. Voy a tener que trabajar más en lo que encuentras otro trabajo–. Siguió, pero ya con resignación.

Pero mantener a 38 frijolitos no es nada fácil. El frijolito no encontraba trabajo en ningún lugar. Una semana en la que todos estaban muy desesperados llegó un frijol ranchero, familiar de la Frijolona, que desde muy joven se había ido al “otro lado” del supermercado.

–Oiga compadre, ¿por qué no se va conmigo? Allá pagan mejor y así le puede mandar dinero a mi comadre y a los chiquillos– dijo el frijol ranchero muy convencido.

–¿Usted cree, compadre?– preguntó el frijolito que dudaba.

–¡Claro! Toda la familia está allá, lugares pa’acomodarse le sobran– dijo el frijol ranchero muy animado.

El frijolito se despidió de su esposa y de sus 38 hijos y se fue. El camino era largo; para llegar tenía que pasar por varias áreas que podían ser peligrosas, pero él estaba decidido a llegar hasta allá y regresar con su familia cuando las cosas estuvieran mejor. Así que emprendió su viaje junto con el frijol ranchero.

Salieron de la sección de a granel y llegaron al área de limpieza para el hogar.

–Si me ayudan con las bolsas del mandado les doy algo de comer en la casa– dijo una Señora Cloro, que venía con muchas bolsas y que los miró cansados.

–¡Por supuesto que sí, doñita!– contestaron recuperando todas sus fuerzas de repente.

Y así fue como terminaron comiendo en un trapeador que era la casa de la Señora Cloro. Le contaron sobre la situación en la que estaban y la Señora Cloro, que tenía muy buen corazón, les ofreció asilo por esa noche.

Después de caminar tres días más y de dormir en donde podían, pasaron por la sección de cereales y galletas. Caminaron tratando de disimular lo nerviosos que estaban. Al poco rato de estar caminando por el pasillo se toparon con un cereal fitness amable que les ofreció un vaso de agua.

–¿Qué hacen por estos lugares? – preguntó el cereal fitness muy cortésmente.

–Queremos cruzar al “otro lado” del supermercado– contestó sin prisa el frijolito

–¡Oh! Bueno, deben saber entonces que hay un atajo para llegar más pronto y de una manera menos peligrosa– dijo con una sonrisa elegante. –Caminen en esta dirección y no tardarán en entrar al área de mariscos, pasarán los pescados y cuando lleguen a donde están los camarones pregunten quién puede llevarlos al “otro lado”.

Llegaron a la marisquería y se toparon con un camaroncito que llevaba a los que querían cruzar al “otro lado” del supermercado. Después de mucho dudar decidieron que sí se irían con el camaroncito y se fueron a su casa, una caja llena de hielos donde estuvieron a punto de convertirse en frijoles congelados. Al día siguiente despertaron muy temprano y pasaron hacia la parte de lácteos.

Junto con el frijolito y con el frijol ranchero iban a cruzar un atún, una familia de salchichas y un chorizo.

Cuando estaban a punto de llegar a la zona segura, unos yogures de fresa, que eran los encargados de que nadie pasara, los vieron y los persiguieron. Todos pudieron cruzar menos el frijolito, que se quedó atrás porque prefirió dejar que la familia salchicha cruzara primero. Lo atraparon. Después de estar una semana encerrado lo regresaron, pero lo mandaron por la otra entrada, la de licorería y farmacia.

El frijolito no dejaba de pensar en la Frijolona y en los 38 frijolitos que había dejado en su casa. Se sentía solo y estaba triste por no haber podido cruzar y mientras caminaba muy despacio por los pasillos de licorería, una cerveza se acercó muy contenta y le preguntó:

–¿Por qué te ves tan deprimente?– con un tono alegre e imprudente.

El frijolito le contó toda la historia y la cerveza muy alegremente lo convenció de que fueran a una fiesta en la noche.

–¡Vamos! Te vas a divertir mucho y vas a conocer a mis amigos que son muy buena onda– dijo la cerveza insistente.

El frijolito pensaba irse temprano de la fiesta, sólo iba por no quedar mal con la cerveza; estando en la fiesta no dejó de tomar y así siguió sin parar toda la noche. Terminó viviendo tres meses en la casa de la cerveza (una caja de cartón donde vivía con cinco cervezas más) y en todos esos días no dejó de tomar. Mientras estaba tomando se olvidaba de todo por un rato. Conoció a muchos “amigos”, todos le invitaban alcohol o le daban cigarrillos y el frijolito, que era muy inocente en esos ambientes tan distintos a los que conocía, pensó que eran muy buenos. Pero al parecer el alcohol y el tabaco ya no eran suficientes para olvidarse de todo. Investigó dónde vivía una bolsa de cacahuates que le podía dar ese “algo más” que lo pondría feliz, pensó que igual le quedaba de camino a su casa.

Cuando llegó al área de botanas se topó con una joven tomatita que se veía muy mal, desesperada.

–Calma, ¿Dónde está tu casa?– preguntó el frijolito queriendo ayudar.

–No tengo casa, duermo donde sea– contestó la tomatita nerviosa.

–¿Cómo pasó eso?– preguntó el frijolito con insistencia.

Así fue como platicaron horas sobre la vida de la tomatita. Desde chiquita se había perdido y no recordaba cómo llegar de nuevo a la zona de frutas y verduras. Caminando cayó en esa área y desde entonces se había enganchado con algo que hacía “feliz” a cualquiera, pero que después de probarlo una vez se volvió adictivo y ya no podía dejar de consumirlo; de hecho, cada vez necesitaba un poco más. El frijolito se dio cuenta que él estaba a punto de caer en eso y se acordó de su familia, lo necesitaban. Tomó una decisión, le prometió a la tomatita que volvería para sacarla de ahí

Pasaron varios días antes de que llegara de nuevo a la sección de a granel, cuando estaba a poco de llegar a su casa ayudó a un arroz viejito que se había caído en la banqueta, el arroz lo invitó a comer algo en agradecimiento.

–¿A qué te dedicas?– preguntó el arroz viejito curioso.

–Ahorita a nada, iba cruzar al “otro lado” del supermercado pero no pude y pues me regresé con mi familia. ¿Usted?– contestó el frijolito, tratando de ya no compadecerse de su situación porque se dio cuenta que había gente que la pasaba peor que él.

Platicando de todo un poco, el arroz le dijo al frijolito que él era el dueño del área de comidas empaquetadas y que el día siguiente fuera a las oficinas porque le daría trabajo.

El frijolito llegó a su casa, abrazó a Doña Frijolona y a sus 38 frijolitos. Al día siguiente se vistió muy elegante, de frijol puerco, y se fue a la oficina del arroz. Comenzó a trabajar para él y al poco tiempo tuvo una muy buena idea: hacer sushi con frijolitos refritos. La idea le encantó al arroz viejito y desde ese día se

hicieron socios. Al frijolito le empezó a ir muy bien. El frijolito no tardó en ir por la tomatita y rescatarla de ese vicio tan destructivo. Arregló todo para que la llevaran de nuevo a la sección de frutas y verduras, donde estaba su familia, después de que se recuperara en un lugar especial.

El frijolito aprendió que tenía que cuidarse de caer en los excesos porque por momentos pueden parecer inofensivos y hasta divertidos, pero te van llevando lentamente hacia una vida que no es realmente vida.

El frijolito y su familia se mudaron a una lata y vivieron muy felices.

